



Las lobas de Pompeya Elodie Harper



DESTINO

Las lobas de Pompeya

Elodie
Harper

Traducción de
Ariadna Molinari

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1667

Título original: *The Wolf Den*

© Elodie Harper, 2021

© por la traducción del inglés, Ariadna Molinari, 2022

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2022

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-670-7467-3

Depósito legal: B. 12.070-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



I

Los baños, el vino y el sexo hacen
que los hados lleguen más rápido.

Máxima romana

Tiene las manos en alto, como si estuviera rezando, y de su piel emana vapor. El agua le acaricia el cuello cuando se reclina y se hunde en su calidez. Las risas y las voces femeninas flotan a su alrededor, un enredo de sonidos que hacen eco en las piedras. Ella lo ignora; se enfoca en sus dedos, los gira, ve el agua que gotea de ellos, observa el vapor elevarse. Podrían ser las manos de cualquiera, piensa; podrían pertenecerle a cualquiera. Pero son de Félix.

Luego, otros dedos se entrelazan con los suyos y la sacan del ensimismamiento. Victoria tira de ella hacia arriba para que saque la cabeza del agua.

—¡Amara! ¡Se te está mojando el cabello! ¡No te reclines así! —Victoria le entierra las uñas al intentar dar forma a los rizos que ahora están pegados a los hombros de Amara—. Parecen colas de rata. ¿En qué estabas pensando?

Amara siente una punzada de angustia. Muchas cosas dependen de lo que pase esta tarde; no se puede creer lo inconsciente que ha sido.

—No sé, es que...

—No te queda tan mal —interviene Dido, quien acaba de acercarse a ellas con el ceño ligeramente fruncido, pero con expresión amable—. No se nota mucho.

—Además, los hombres no vienen aquí a vernos el cabello —dice una voz mucho menos amistosa. Pertenecce a Drauca, la mujer más valiosa de Simo, quien las observa desde el extremo opuesto de la estrecha piscina.

Se levanta para salir del agua, con los brazos en alto, y se contonea. Las ondulaciones oscuras de su propia cabellera resplandecen como el plumaje de un cuervo. Detrás de ella, a través de las ventanas curvadas, se distingue el mar, inmóvil y gris. Es imposible no quedarse mirándola. A Amara le recuerda a la estatua de Helena de Troya que había visto en Afidnas, en una época en la que tenía otro nombre, otra vida.

—¡Venus Pompeyana! —exclama Victoria, con un grito ahogado, y agarra a Amara con un gesto de asombro exagerado—. ¡Pero si la diosa camina entre nosotras! ¡Ay, tanta gloria me deslumbra y me ciega! —Drauca frunce el ceño y golpea los brazos sobre la superficie del agua. Victoria se ríe—. Como si nadie más tuviera un buen par de tetas —agrega, aunque baja la voz lo suficiente como para que Drauca no logre oírla.

—Pero es que es hermosa —interviene Dido, sin dejar de mirar a su rival—. Y ha estado aquí antes, ¿verdad? Tal vez los hombres la prefieran, tal vez...

—Salvo Drauca, ¿qué tienen ellas que no tengamos nosotras? —la interrumpe Victoria, mientras fulmina con la mirada a las tres acompañantes de Drauca. Están acaparando la piscina, y se salpican entre sí con risas teatrales, más fingidas que alegres—. Se nota que son taberneras. Y la tal María tiene brazos de camillera.

Amara no está segura de que tengan derecho a desdenarlas, dado su propio estatus inferior de prostitutas de burdel. De lobas. Se le hace un nudo en el estómago, lo cual le resulta familiar.

—Me pregunto cómo serán los hombres —dice.

—Serán... —comienza Victoria, pero algo a espaldas de Amara le llama la atención y no termina su enunciado—. ¡Oye! —exclama—. ¡Suéltala! ¡Suéltala! —Empieza a avanzar por el agua hacia una anciana que está tirando del brazo a Cressa para intentar sacarla de la piscina. Victoria se da la vuelta para ver a la vieja justo cuando esta logra sacar a Cressa, empapada, y empujarla hacia un lado.

La mujer se agacha y señala a Victoria con un dedo torcido.

—¿Félix? ¿Eres de Félix? —Nadie le responde, pero la desconocida las mira fijamente. Berenice también se acerca y se queda boquiabierta—. ¡Fuera de aquí, putas de Félix! —grita la anciana con impaciencia y agita la mano hacia la puerta para indicarles que se vayan. Cressa intenta protestar, pero la vieja la empuja. Las mujeres de Simo han dejado de retozar y reír. Sin necesidad de girarse, Amara percibe que han reculado hacia el extremo opuesto de la piscina—. ¡Fuera de aquí, de inmediato, putas de Félix! —repite la vieja, y las señala una por una con el dedo. Al ver que ninguna se mueve, agarra a Amara del brazo—. ¡Fuera! ¡Fuera! —exclama—. ¡Idos ya!

Mientras la anciana arrastra a Amara hacia el borde de la piscina, una piedra le rasguña la piel, y los dedos enjutos de la desconocida se le entierran en el brazo con una fuerza sorprendente. Amara se impulsa hacia los azulejos calientes y logra librarse. Pero la señora sigue gritando y amenazando con llamar a Vibo si no se lar-

gan de inmediato. Oír el nombre del administrador de las termas es suficiente para que accedan. Las mujeres de Félix salen desnudas del agua y corren hacia la estancia contigua, donde el cambio repentino de iluminación y temperatura las hace tiritar. Una cascada cae a la piscina fría, con un escándalo que compite con los gritos presurosos de la vieja. Amara se apoya en la pared azul para recuperar el equilibrio y, conforme avanza, se restriega contra las pinturas de criaturas marinas, incluyendo la boca abierta de un pez enorme que le queda a la altura de la cara.

Victoria es la única de las cinco que sigue discutiendo cuando llegan a los vestidores de los baños. No habían entrado por ahí. Las filas de casilleros de madera pulida están adornadas con pinturas de amantes, que se deleitan en toda posición sexual imaginable. Las mujeres encuentran sus prendas apiladas en el suelo.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! —insiste su atormentadora mientras le avienta una capa a Berenice, quien todavía parece tan atontada como en el agua.

Amara no necesita que la presionen más. Se inclina y empieza a buscar entre la ropa; le entrega una toga amarilla a Dido, quien no para de temblar, quizá tanto de frío como de miedo. Para Dido, la esclavitud es una novedad, por lo que cualquier humillación le afecta como una puñalada al corazón. Victoria, en cambio, es la única que no se apresura. Termina de atarse la toga mucho después que las demás y mira a la anciana con un odio profundo. Cuando por fin Victoria desvía la mirada, Amara ve que la señora le hace la seña del mal de ojo.

La vieja les da un último empujón con su dedo huesudo, y Amara y las otras salen en grupo al patio privado de las termas. La llovizna les moja la cara y la

brisa marina las enfría aún más. Se quedan juntas, ya húmedas bajo las togas y las capas. Amara mira a su alrededor y le sorprende descubrir que están solas. Pero luego ve a dos hombres guareciéndose bajo la columnata; un par de siluetas robustas que no encajan con las ninfas y las rosas pintadas en la pared. Uno de ellos se acerca, con expresión furiosa. Es Thraso, el capataz de Félix.

—¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado? —Tiene las manos empuñadas, listas para la pelea. Amara retrocede, pues conoce en persona la fuerza de esos puños.

—Mejor pregúntale a él —contesta Amara, y señala al otro hombre, que se ha quedado en las sombras—. ¿No es uno de los hombres de Simo?

—Alguien ha traicionado a Félix —añade Victoria, mientras Thraso gira sobre sus talones para ver al tipo—. A las mujeres de Simo las han dejado quedarse; a nosotras nos han echado antes de que llegaran los hombres. Qué conveniente, ¿no?

Thraso no espera más explicaciones. Atraviesa el patio dando zancadas y le lanza un puñetazo al otro.

—¡Te voy a matar, Balbus! ¡Mentiroso de mierda!

Balbus esquiva el golpe y se salva de la fuerza imparable de su agresor; el puño solo logra rozarle la oreja, lo cual lo hace tambalearse. Thraso lo agarra de los hombros y le rompe la nariz de un cabezazo. Balbus ruge, se suelta, se agarra la cara ensangrentada. Thraso se le abalanza de nuevo y ambos caen al suelo, entre gritos, puñetazos y mordidas. Las mujeres los observan sin saber bien qué hacer.

—Félix se pondrá furioso —dice Berenice, como si no fuera obvio.

Amara mira de reojo a Victoria, a la espera de uno

de sus habituales comentarios sarcásticos, pero ella desvía la mirada.

En la puerta hay un alboroto. Un grupo de esclavos sale corriendo y obliga a las mujeres a hacerse a un lado. Corren hacia los hombres que pelean e intentan intervenir, pero uno de ellos recibe una patada en la cara. Vibo, el administrador de los baños, sale después, resoplando, con el cuerpo grueso envuelto en una toga verde. Su prisa por llegar a la pelea lo hace atropellar a Cressa para que se aparte de su camino.

—¡Basta! ¡O haré que vuestros amos castiguen sin reparos vuestra desobediencia! —Finalmente, los hombres se separan. Thraso es el primero en ponerse en pie, mientras que Balbus necesita la ayuda de dos esclavos para levantarse—. ¡¿Queréis dejarme en la quiebra?! —grita Vibo—. ¿Cómo os atrevéis a revolcaros en mi puerta como perros rabiosos? ¡Debería mandaros a azotar a ambos! —Balbus murmura algo, pero Amara no logra oírlo—. ¡No me importa! —grita Vibo—. Fuera de aquí, los dos. Y llevaos a vuestras putas pueblerinas.

Las mujeres no esperan a que nadie las empuje, sino que cruzan el patio solas antes de que Thraso las alcance. Amara ve que viene cojeando. A Balbus le ha ido peor, pero eso no significa que no haya logrado asestar unos cuantos golpes. Thraso tiene el labio partido y lleva un brazo apretado contra el pecho. Ninguna de ellas es tan tonta como para preguntarle cómo se encuentra.

Las mujeres suben la escalinata que lleva al portón, encabezadas por Victoria y con Berenice en la retaguardia. Esta última no camina lo suficientemente rápido como para evitar una bofetada furiosa de Thraso.

Todas saben por qué se desquita con ellas: le aterra enfrentarse a la ira de Félix cuando vuelvan al burdel. Amara siente cómo se intensifica el miedo y se le hace un nudo en la garganta que le impide siquiera tragar saliva.

Salir a la calle es como reincorporarse a un río que corre con rapidez. Amara le toma la mano a Dido y juntas se adentran en el mar de gente que sube la colina, hacia la puerta del Foro. Las piedras del camino están húmedas y resbaladizas. La primera vez que Amara fue a Pompeya iba con Dido. Y aunque eso ocurrió hace apenas unos meses, parece que ya haya pasado una eternidad. Transitaron esa calle juntas después de que Félix las hubiese adquirido en el mercado de esclavos de Pozzuoli. En ese entonces, bajo los cielos azules de finales de octubre, el clima era más agradable. Amara recuerda que Félix compró higos maduros para el trayecto. De la fruta emanaba un aroma dulcísimo; al abrirla, reveló su interior rosado y resplandeciente que le dejó los dedos pegajosos. Aquel fue un momento muy parecido a la felicidad, si acaso la felicidad podía existir en un mundo donde a ella la vendían y la compraban. Amara sigue pensando en ese gesto de amabilidad de Félix; en ese momento no tenía ni idea de lo poco frecuentes que serían.

Un hombre que lleva una cesta llena de pescado sobre la cabeza se abre camino entre la multitud, usando los hombros como armas. Las mujeres lo siguen por debajo de los arcos que llevan a un túnel oscuro y resonante, donde el camino se vuelve más inclinado y el ascenso es más pesado. Amara se gira hacia Cressa; va con una expresión resignada por tener que arrastrar a la pobre Berenice, quien se ha quedado sin aliento. Thraso está muy lejos, casi fuera de su vista. Seguro

que la pierna le está causando muchos problemas; de otro modo no dejaría de reñir a Berenice por su lentitud. Victoria, como era de esperar, ya se ha adelantado. Es la única de las cinco mujeres de Félix que ha nacido en esa ciudad; y, aunque también es esclava, se mueve como pez en el agua, cosa que las otras nunca lograrán.

Una vez que están dentro de los muros de la ciudad, el camino se vuelve más plano, pero también más húmedo; la corriente de agua que desciende golpea los zapatos de Amara. Dido la ayuda a subir al pavimento elevado, donde dos vendedores de telas refunfunan por tener que hacerse a un lado. Un hombre cargado de guirnaldas de mirto, que sirven como ofrendas para el Templo de Venus, se les acerca.

—¡Para tu diosa! ¡Para el amor! Dos flores por un sestercio. El mejor precio. Te traerán buena suerte. —Le acerca las hojas a Dido a la cara, quien instintivamente se lleva la mano al rostro para taparse con el velo que hace mucho dejó de usar.

Amara se las quita de enfrente.

—No.

La multitud se disipa cuando llegan al Foro, donde el espacio es mucho más amplio. Los vendedores ambulantes son como rocas que rompen el flujo del mar de gente. Algunos paseantes se asoman a ver su mercancía; otros, en cambio, pasan de largo. En el extremo opuesto de la plaza está el Templo de Júpiter, de cuyos escalones ascienden volutas de humo de incienso. Antes de que se disipe frente a la montaña que flanquea el templo, la mezcla de humo y calor hace que el edificio se vea borroso. Amara recuerda a su padre, quien sonreía cuando ella le preguntaba si creía en los dioses. «Las historias son poderosas, sin importar si creemos

en ellas o no.» De inmediato, ahoga el recuerdo de su voz.

Las otras siguen buscando a Thraso con la mirada. Dido lo señala; viene todo sudoroso, abriéndose camino entre la gente.

—¿Le han roto la nariz de nuevo? —pregunta Berenice—. Tiene muy mal aspecto.

—¿Peor que de costumbre? ¿Estás segura? —dice Victoria—. Yo más bien diría que Balbus se la ha enderezado.

Berenice no entiende el chiste.

—¡No, tiene un aspecto espantoso! —insiste, y alza la voz enfáticamente.

Cressa la hace callar.

—Te va a oír.

Thraso las alcanza y les grita que avancen, por lo que ellas continúan hacia el otro lado de la plaza. Un grupo de marineros, que ha debido de atracar en el puerto, le silba a Amara al pasar, y uno de ellos le hace señas de lo que le gustaría hacerle. Ella le sonríe y luego baja la mirada. Los hombres se dan palmadas entre sí y ríen.

El camino que lleva colina abajo desde el Foro es un riachuelo de agua de lluvia; su superficie, hecha de trozos de mosaicos rojos y amarillos, refleja los edificios pintados que enmarcan sus orillas. Las mujeres observan a un grupo de camilleros empapados que, con el agua golpeándoles las rodillas, avanza a contracorriente llevando su preciado cargamento en los aires, resguardado del agua por cortinas gruesas. Amara ve un perro muerto atascado entre dos piedras que ha sido arrastrado por la fuerza de la corriente. La lluvia matutina no es capaz de llevarse consigo toda la podredumbre. Las mujeres avanzan con dificultad por el

sendero y giran a la izquierda en el callejón que lleva a la parte trasera del burdel. El camino es cada vez más estrecho, pero también hay cada vez menos gente.

Cuando era niña, a Amara le gustaba llegar a casa después de haberse empapado, sentarse con su madre frente al fuego y beber el vino caliente con especias que les llevaba la criada. Pero la tensión sofocante del burdel nunca la ha hecho sentir como en casa. No las espera ninguna bebida caliente, solo la ira de Félix.

Se reúnen fuera, formando una fila contra el muro para resguardarse bajo el balcón de la planta superior. Thraso parece casi tan nervioso como ellas.

—Vosotras dos —dice, y señala a Victoria y Amara—. Vosotras os habéis ido de la lengua en los baños. Así que se lo explicaréis todo a Félix.

Las otras entran a hurtadillas; Dido mira hacia atrás, con una expresión preocupada. Victoria le pone una mano a Thraso en el brazo sano y le habla al oído.

—Yo le contaré a Félix la fuerza con la que has luchado —dice, y lo mira a los ojos con tal franqueza que hasta Amara está a punto de creerla—. Has defendido su honor. Eso debe servir de algo.

Él es incapaz de darle las gracias a una prostituta, pero al menos asiente con brusquedad. Luego mira de reojo a Amara, de quien es obvio que espera algo similar, pero a ella no se le ocurre nada para congraciarse con él. Victoria la mira fijamente con los ojos bien abiertos en señal de advertencia.

—Sí —afirma Amara al fin, y asiente en dirección a Thraso—. Eso has hecho. Qué valiente has sido. —El miedo hace que se le agudice el acento griego.

Thraso golpea la puerta de madera que lleva a los aposentos de Félix, encima del burdel. Les abre Paris, con su habitual cara de amargura, coronada por una

uniceja. Desde el umbral de la puerta, Amara puede ya percibir el olor de la letrina oculta en la oscuridad de la escalera. Solía compadecerse del joven Paris y de su soledad, que transcurría entre fregar los suelos de la planta superior y atender a los clientes del burdel. Pero Paris no ha dado indicio alguno de querer la compañía o la amistad de una loba.

—¡Félix! —exclama Thraso y agita la mano con impaciencia.

—Está con un cliente, así que tendréis que esperar.

Paris se da media vuelta y sube la escalera. Los otros tres lo siguen y salen al estrecho balcón techado que rodea el apartamento de Félix. A Amara le recuerda a una telaraña por la forma en la que el pasillo envuelve las habitaciones de su amo; conduce poco a poco al centro sin ir en línea recta. Amara oye una voz de hombre desconocida, pero le resulta imposible discernir sus palabras. No obstante, logra entender algo: «pagarte». Paris les hace una seña para que esperen en el pequeño salón.

Thraso se deja caer con pesadez en el banco junto a la fogata, y apenas deja espacio a ambos lados para que las dos mujeres se sienten. Ellas hacen lo posible para estrujarse. El balcón permite entrar la luz del exterior, pero también el aire frío. Además, el calor de la fogata es muy tenue. Amara siente que el corazón le va a explotar, y no le sirve de mucho saber que Félix está exprimiéndole hasta el último sestercio a un pobre deudor al final del pasillo. Thraso se queda con la mirada hacia el frente, como embelesado por las llamas cercanas a sus pies. Amara percibe el miedo que Thraso exuda.

Luego, ella mira las paredes. No hay ninfas ni amantes retozando. Están pintadas de blanco y negro,

con un patrón geométrico, y las líneas bien definidas cambian de dirección y se entretajan para formar un laberinto interminable que es difícil seguir con la mirada sin marearse.

Esperan sentados, sin hablar, mientras el tiempo pasa lentamente. La lluvia arrecia, y el agua se cuele por el techo. Es imposible saber si la conversación entre Félix y el cliente continúa siendo de negocios. Luego, Amara ve una silueta que atraviesa la puerta a empujones y la oye tambalearse por la escalera. Pero nadie se levanta del banco.

En ese momento, Paris asoma la cabeza por la puerta.

—Ya os espera.

Thrasso se pone de pie y pasa junto a él, seguido de Amara y Victoria.